

Orden de evacuación número 19

EL CARTEL había hecho su aparición de la noche a la mañana. Estaba en las vallas publicitarias y los árboles y en los respaldos de los bancos de las paradas de autobuses. Colgaba de la ventana de Woolworth's. Colgaba en la puerta de entrada del YMCA. Lo habían grapado en la puerta del juzgado municipal y lo habían sujetado con chinchetas, a la altura de los ojos, en cada poste telefónico de University Avenue. La mujer se disponía a devolver un libro de la biblioteca cuando vio el cartel en la ventana de una oficina de correos. Era un día soleado de Berkeley en la primavera de 1942 y como estrenaba gafas nuevas podía verlo todo con nitidez por primera vez desde hacía semanas. Ya no tenía que entornar la mirada. Leyó el cartel de arriba abajo, y sin entrecerrar los ojos sacó un bolígrafo y volvió a leer el cartel de arriba abajo. Estaba impreso con letra pequeña y oscura. Algunas letras eran diminutas. Anotó un puñado de palabras en el reverso de un recibo del banco, luego dio media vuelta, regresó a casa y empezó a hacer el equipaje.

Cuando el aviso de reclamación de la biblioteca llegó por correo al cabo de nueve días todavía no había acabado de hacer las maletas. Los niños se habían ido al colegio y las cajas y las maletas estaban esparcidas por el suelo de la casa. Metió el sobre en la maleta más cercana y salió por la puerta.

En el exterior, el sol calentaba y las ramas de palmera golpeaban distraídamente un costado de la casa. Se puso los guantes blancos de seda y enfiló por Ashby Street en dirección este. Cruzó California Street y compró varias pastillas de jabón Lux y un tarro grande de crema facial en la farmacia Rumford. Pasó por delante de la tienda de artículos de segunda mano y la tienda de ultramarinos tapiada, pero no se encontró con ningún conocido en la acera. En el quiosco situado en la esquina con Grove compró un ejemplar del *Berkeley Gazette*. Repasó rápidamente los titulares. Burma Road estaba cortada y uno de los quintillizos de Dionne –Yvonne– todavía se estaba recuperando de una operación de oído. El racionamiento de azúcar empezaría el martes. Dobló el periódico por la mitad pero tuvo cuidado de que la tinta no manchara los guantes.

Se detuvo en la ferretería Lundy para fijarse en la muestra de palas de jardín Victory del escaparate. Eran unas palas muy bien hechas con asas recias de metal y pensó, por unos instantes, en comprar una. Estaban bien de precio y no le gustaba dejar escapar una oferta. Luego se acordó de que ya tenía una pala en el cobertizo de casa. De hecho, tenía dos. No necesitaba una tercera. Se ajustó el vestido hacia abajo y entró en el establecimiento.

–Bonitas gafas –dijo Joe Lundy en el preciso instante en que cruzó la puerta.

–¿De verdad? –preguntó–. Aún no me he acostumbrado a ellas.

Cogió un martillo y lo asió firmemente por el mango.

–¿Tienes uno más grande? –preguntó.

Joe Lundy contestó que el martillo que sostenía en la mano era el más grande. Ella lo dejó en el expositor.

–¿Cómo anda tu tejado? –le preguntó él.

–Creo que las tablillas se están pudriendo. Ha salido otra gotera.

–Ha sido un año muy húmedo.

La mujer asintió con la cabeza.

–Pero también hemos tenido días soleados.

Pasó por delante de las cortinas venecianas y las persianas opacas que estaban en la parte trasera de la tienda. Cogió dos rollos de cinta adhesiva y un rollo de hilo de bramante y se acercó a la caja registradora.

–Cada vez que llueve tengo que colocar el cubo –añadió mientras dejaba dos monedas de 25 centavos sobre el mostrador.

–No tiene nada de malo –replicó Joe Lundy. Le devolvió las dos monedas haciéndolas deslizar sobre el mostrador pero no la miró–. Puedes pagarme después –propuso.

Entonces pasó un trapo por un costado de la caja registradora. Una mancha oscura se resistía a desaparecer.

–Puedo pagarte ahora –comentó la mujer.

–No te preocupes por ello –insistió Joe Lundy.

Metió una mano en el bolsillo de la camisa y sacó dos caramelos de crema envueltos en papel dorado.

–Para los niños –dijo.

Metió los dulces en el monedero pero dejó el dinero. Le agradeció el obsequio y salió de la tienda.

–Llevas un vestido rojo muy bonito –le dijo en voz alta en el preciso instante en que salía.

Ella dio media vuelta y entrecerró los ojos por encima de la montura de las gafas.

–Gracias –respondió–. Te lo agradezco, Joe.

Luego se cerró la puerta tras ella y permaneció sola en la acera. Se dio cuenta de que en todos esos años que había comprado en la

tienda de Joe Lundy nunca lo había llamado por su nombre de pila. Joe. Le parecía extraño. Casi inapropiado. Pero lo había dicho. Lo había pronunciado en voz alta. Deseó haberlo pronunciado antes.

Se secó el sudor de la frente con un pañuelo. El sol brillaba con intensidad pero no le gustaba sudar en público. Se quitó las gafas y cruzó hasta el costado de la calle que quedaba a la sombra. En la esquina con Shattuck se subió al tranvía en dirección al centro de la ciudad. Se bajó en Kittredge y entró en los grandes almacenes de J.F. Hink. Le preguntó al vendedor si tenían bolsas de lona, pero se habían agotado. Acababa de vender la última hacía media hora. El vendedor sugirió que probara en J.C. Penney, pero también estaban agotadas. No quedaba ni una bolsa de lona en toda la ciudad.

CUANDO LLEGÓ a casa, la mujer se cambió el vestido rojo por uno azul desteñido. Era su atuendo doméstico. Se recogió el cabello en un moño y se calzó un par de zapatos cómodos. Tenía que terminar de hacer las maletas. Enrolló la alfombra oriental del comedor. Descolgó los espejos. Retiró las cortinas y las persianas. Sacó el diminuto bonsái al jardín y lo dejó sobre el césped debajo de los aleros para que no recibiera demasiada sombra ni demasiado sol, sino sólo la cantidad adecuada de ambos. Llevó el gramófono a cuerda Victrola y el reloj con carillón Westminster al sótano.

En el piso superior, en la habitación del niño, desenganchó de la pared el único mapamundi de la primera guerra mundial que existía y lo plegó cuidadosamente por las líneas de marca. Envolvió su colección de sellos y el indio de madera pintada y esbelto sombrero que había ganado en la feria de muestras de Sacramento. Sacó los cómics *Joe Palooka* de debajo de la cama. Vacío

los cajones. Dejó algunas de las prendas, la ropa que necesitaría, para que él mismo la colocara después en la maleta. Dejó su guante de béisbol sobre su almohada. Guardó el resto de objetos personales en cajas y las llevó hasta el porche cerrado.

La puerta de la habitación de la niña estaba cerrada. Encima del pomo de la puerta colgaba una nota que no existía el día anterior. Decía NO MOLESTEN. La mujer no abrió la puerta. Descendió las escaleras y descolgó los cuadros de las paredes. Sólo había tres: el cuadro de la princesa Isabel en el comedor, el cuadro de Jesús en el vestíbulo, y en la cocina una reproducción enmarcada de *Las espigadoras* de Millet. Colocó a Jesús y a la princesita juntos y boca abajo en una caja. Se aseguró de que Jesús quedara arriba. Sacó el marco de *Las espigadoras* y se fijó una última vez en el cuadro. Se preguntó por qué lo había dejado colgado de la cocina durante tanto tiempo. Le resultaba molesto ver el modo en que esas campesinas estaban permanentemente inclinadas sobre un vasto campo de trigo. «Levantad la cabeza—le entraban ganas de decirles—. ¡Levantad la vista, arriba!» Decidió acabar con *Las espigadoras*. Dejó el cuadro en el exterior junto al cubo de la basura.

Vació las estanterías de libros del comedor a excepción de *Aves de América* de Audubon. En la cocina vació los armarios. Dejó unas cuantas provisiones para esa noche. Todo lo demás, la porcelana, la vajilla de cristal, el conjunto de palillos de marfil que su madre le había enviado, quince años atrás, desde Kagoshima en el día de su boda, lo metió en cajas. Cerró las cajas con la cinta adhesiva de embalar que había comprado en la ferretería Lundy y las subió una por una hasta el porche. Cuando hubo acabado cerró la puerta con dos cerrojos y se sentó en el rellano con el vestido levantado hasta las rodillas y encendió un cigarrillo.

Mañana, ella y los niños se marcharían. No sabía adónde irían, cuánto tiempo duraría su ausencia ni quién ocuparía su casa. Sólo sabía que tenían que marcharse.

Podían llevarse algunas cosas: ropa de cama, tenedores, cucharas, platos, cuencos, tazas, ropa. Éstas eran las palabras que había escrito en el reverso del recibo del banco. No estaba permitido llevarse animales domésticos. Eso era lo que decía el cartel.

Era a finales del mes de abril. Era la cuarta semana del quinto mes de la guerra y la mujer, que no siempre seguía las normas, siguió las normas. Entregó el gato a los vecinos de al lado, los Greer. Atrapó al pollo que andaba correteando por el patio desde el otoño y le retorció el pescuezo con el mango de una escoba. Lo desplumó y lo colocó en una olla con agua fría en el fregadero.